

Los perros en la conquista

Escribe: ALBERTO MIRAMON



— I —

Ensayamos trazar las líneas generales de la conquista, no tanto en su aspecto político —aunque sea la vida pública en toda era a modo de marco que encierra y delimita la vida privada—, cuanto escudriñando las almas de los hombres que le dieron remate, para extraer de ellas lo que tuvo tan gigantesca empresa de significación humana o de realización moral.

Un fondo sombrío de pasiones presenta siempre este período primordial de la constitución de la sociedad americana. Tres clases o categorías componen los arrojados conquistadores: el

místico, el Quijote a lo divino, que es el de menor proporción, no obstante haber sido el más elogiado por los ensayistas peninsulares, creadores del paladín iluminado; en menor proporción, el hombre de honradez cristiana y, en abundancia, el aventurero, insaciable buscador de fortuna. Obvio es que, españoles al fin y al cabo, la mayoría de las veces, los elementos enunciados en esas categorías no se dieron separados y aparte sino que, antes bien, aparecen confundidos, mostrándose, en no escasas ocasiones, la mística y la picaresca de bracero en lo más íntimo de sus oscuros corazones de aventureros.

Ejemplo elocuente de esa rara confusión de sentimientos lo dá el simple hojeo de la historia de algunas familias de conquistadores. Así vemos cómo los Lugos, padre e hijo, después de lanzarse sobre el mundo nuevo como desatada jauría de mastines o cual banda de hambrientos gerifaltes, se acometen y traicionan entre ellos mismos, sin pararse en consideraciones de sagrado parentesco, ni detenerse a escuchar la voz imperiosa de la sangre, item a atender el mandato caballeresco de la limpieza y gloria de sus inflamados linajes. Igual decir es aplicable a los siete hermanos de Santa Teresa y a los Quesadas, para únicamente citar las familias de conquistadores, de más alta categoría espiritual que a nuestro pasado nacional atañen.

Sin aceptar la palabra de Bartolomé de las Casas cual evangelio, el primer párrafo del aparte que el Apóstol de los indios dedica al Nuevo Reino de Granada, da idea bastante exacta sobre las depredaciones que los hombres de la conquista cometieron contra el indígena americano.

“El año de mil y quinientos treinta y nueve —comienza el fraile acusador— concurrieron muchos tiranos, yendo a buscar desde Venezuela, y desde Santa Marta, y desde Cartagena el Perú y otros que desde el mismo Perú descendían a calar y penetrar aquellas tierras, y hallaron a las espaldas de Santa Marta y Cartagena, trescientas leguas la tierra adentro, unas felicísimas y admirables provincias, llenas de infinitas gentes mansuetísimas y buenas como las otras, y riquísimas también de oro y piedras preciosas, las que se dicen esmeraldas, a las cuales provincias pusieron por nombre el Nuevo Reyno de Granada, porque el tirano que llegó primero a estas tierras era natural del reino que acá está de Granada. Y por muchos inicuos y crueles hombres de los que allí concurrieron de todas partes eran insignes carniceros

y derramadores de la sangre humana, muy acostumbrados y experimentados en los grandes pecados susodichos en muchas partes de las Indias, por eso han sido tales y tantas sus endemoniadas obras, y las circunstancias y cualidades que las afean y agravan, que han excedido a muy muchas, aun a todas las que los otros y ellos en las otras provincias han hecho y cometido. De infinitas que en estos tres años han perpetrado y que agora no cesan de hacer, diré algunas muy brevemente de muchas”.

A nuestra hipertrofiada sensibilidad de gentes modernas y civilizadas las detonantes acusaciones del fraile Las Casas tienen un cierto cariz de polémica que le restan veracidad y predisponen el ánimo en su contra por figurársele exagerado y poco exacto. Testimonio hay, empero, que los colombianos no podemos recusar porque abona a su palabra la fama de hombre honrado, legalista y sereno. Es nadie menos que el propio descubridor y adelantado del Nuevo Reyno de Granada, el muy ilustre señor don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Este hombre a quien la fama ungió, aún durante la vida, con halagüeño calificativo de varón justo y de ley, si bien escribió en cierta ocasión —viendo a sus huestes saquear sin escrúpulos los tesoros indígenas—: “Era cosa de ver ciertamente sacar cargas de oro a los cristianos a las espaldas, llevando también la cristiandad a las espaldas”; no tenía empacho en prevenir a sus capitanes y soldados que fueran mañosos al principio con los naturales para que, una vez que estos se hubiesen sometido confiados, entonces sí cerrar en firme el yugo. “Asegurar la caza con arte y sujetar estas naciones con maña”, fue máxima predilecta del Adelantado.

Pero en donde es más completa y mejor se muestra la sorprendente confusión de sentimientos místico-vandálicos de sus instintos rapaces es en el siguiente pequeño aparte que se encuentra entre los fragmentos superpuestos de sus perdidas crónicas: “El día de la Anunciación de Nuestra Señora no era razón caminarlo: lo que se hizo en el entretanto fue que el general y algunas personas principales se confesaron y comulgaron para ir con más devoción a robar al cacique de Tunja e ir más contritos a semejante acto, poniéndose con Dios de aquella manera para que no se les fuese el hurto de las manos”.

No fue sólo el valor de los hombres, exaltado hasta lo inverosímil, el que realizó la conquista de América: el caballo y el perro, las dos bestias que le son más sumisas y amigas, según antiguo y habitual decir, lucharon al lado del conquistador, asombrando a las indiadas, y decidiendo a veces, por su sola presencia, algunas **guazavaras**.

Animales ignorados por el aborígen —el perro de manera relativa, pues, dice Castellanos que cuando llegaron los españoles a América encontraron en diferentes partes “**unos perrillos chicos que no ladran**”— suscitaron en los primeros choques de estos mundos inexorablemente enfrentados, el terror y la adoración de los indígenas.

Afirma Garcilaso en alguna parte de sus **Comentarios reales** que la crueldad no sabe hartarse, antes tiene más hambre y más sed, cuanto más sangre y más carne humana coma. La certeza del pensamiento del Inca tiene respaldo en la más terrible experiencia para el hijo de América que durante mucho tiempo fue considerado por el peninsular simplemente como pieza de caza mayor. “Una de las ocupaciones o entretenimientos del conquistador —palabras son de un escritor afecto a la obra de España en América— era el acorralar a los indios para exterminarlos, cuando no los aperreaba en campo libre”.

Bien puede el corazón más benévolo rebajar a lo dicho cuanto le plazca; bien pueden dejarse esos cuadros sombríos para los devotos de la leyenda negra; pero hay en esas cuatro líneas escasas una palabra que por sí sola es balanza y medida de la ferocidad de los hombres que cumplieron la labor —ciclópea por otra parte— de la conquista del mundo de Colón. Es el extraño verbo “**aperrear**”.

¿Qué pretendían significar los cronistas de Indias cuando decían que se aperreaba a los aborígenes? . . . Lisa y llanamente que estos eran cazados con canes feroces, como cualquier alimaña silvestre. Este vocablo corrió con fortuna, así lo vemos aceptado por autores famosos e introducido por el padre Mir en su monumental “**Rebusco de voces castizas**” con esta frase del escritor Juan de Pineda: “Como de la mona es monear, ansí del perro es aperrear”.

Parece ser que nadie menos que el propio Cristóbal Colón fue el introductor de la costumbre de combatir con perros en América, ya que —traslado corremos a los interesados en su canonización— “mandó buscar perros a España para reducir a los naturales de las Antillas”.

Los perros de la conquista eran de raza de alanos, es decir, mestizos de dogo y de mastín. Tan apreciada era por los españoles su servicial ferocidad que les daban doble ración, no les escatimaban cuidados, al punto de tenerlos revestidos con colchas gruesas aforradas en algodón, y sus amos percibían soldada especial por los servicios de esos barcinos o variegados de negro y amarillo, que eran los que gozaban fama de más bravos.

Las crónicas y los documentos de la época —dice el historiador Alberto M. Salas— no proporcionan muchos datos acerca de la educación de estos perros para la lucha contra el indio. Algunas citas breves y escasas permiten afirmar que fueron adiestrados a atacar y morder al aborigen en el comienzo mismo de la conquista en las Antillas y que en diversos lugares fueron cebados con carne de indio. Fray Antonio de Remesal denunció con valentía que el vientre de los perros fue “sepultura de muchos reyes y caciques”.

El hábito guerrero y la ansiedad por atacar al indio que se defendía del blanco se conformaron brevemente. El instinto le indujo, a una misteriosa discriminación que maravilló a los propios españoles, a distinguir certeramente a un indio rebelde entre ciento de paz y a no atacar jamás a los sumisos.

Pero no se crea, sin embargo, que el perro de guerra fue diabólica invención de la crueldad, tan reprochada y reprochable, del conquistador español. Griegos y romanos los emplearon en la antigüedad no como auxiliares, sino como verdaderos combatientes... ¿Habría que atribuir este desmán a la innata crueldad del hombre?...

— III —

En los cronistas primitivos y en las viejas relaciones se han conservado el nombre y las hazañas de algunos perros famosos de la Conquista, que con sus hechos obligan el recuerdo de los hombres.

El cronista Antonio de Herrera dice en las “**Décadas**”, que Juan Ponce, gobernador de San Juan de Puerto Rico, sabiendo que los indios conspiraban para acabar con los españoles, se propuso atajarles los intentos, para lo cual a donde quiera que sabía que había junta de indios los iba a buscar, y peleaba con ellos con mucho valor, en lo que no le ayudó poco el perro Becerrillo, que hacía a los indios estragos admirables y conocía los que eran de guerra y los de paz como si fuera una persona; por lo cual temían más los indios de diez castellanos con el perro, que de ciento sin él, y por esto le daban parte y media de lo que se ganaba, así de oro como de esclavos y otras cosas, y lo cobraba su amo.

“Dijéronse cosas admirables de este perro, y entre ellas fue que habiendo acordado echar una india vieja a este perro, el capitán le dio una carta para que la llevara a ciertos castellanos que estaban cerca de allí. La india tomó su carta, y saliendo de entre la gente le echaron el perro; y viéndole ir sobre ella tan feroz, sentóse la infeliz anciana, y hablándole en su lengua mostrábale la carta diciéndole:

“Señor perro, yo voy a llevar esta carta a los cristianos; no me hagas mal, señor perro”.

“Paróse el perro muy manso, y no le hizo daño alguno, sino apenas aquello que los de su especie hacen en las paredes”.

Después de muchos años de servicio, murió Becerrillo de resultas de una flecha envenenada que le dispararon los Caribes en un combate con tanta fuerza que atravesó la colcha forrada en algodón que siempre le ponían sobre el cuerpo para protegerlo.

Gonzalo Fernández de Oviedo trae lo siguiente acerca de Leoncico en su “**Historia general y natural de las Indias**”: “Quiero hacer mención de un perro que tenía Vasco Núñez, que se llamaba Leoncico, y que era hijo del perro Becerrillo de la Isla de San Juan, y no fue menos famoso que su padre. Este perro ganó a Vasco Núñez más de dos mil pesos oro, porque se le daba tanta parte como a un compañero, en el oro y en los esclavos cuando se partían. Y el perro era tal que lo merecía mejor que muchos compañeros somnolientos. Era aqueste perro de un instinto maravilloso, y así conocía el indio bravo y el manso, como le conociera yo e otros que en esta guerra anduvieran e tuvieran razón. E después que se tomaban e ranchaban algunos indios e

indias, si se soltaba de día o de noche, en diciendo al perro: “Ido es, búscale”, así lo hacía, y era tan gran ventor, que por maravilla se le escapaba ninguno que se fuese a los cristianos. Y como lo alcanzaba si el indio estaba quedo, asíale por la muñeca o la mano, e traíale tan cariñosamente sin le morder ni apretar, como le pudiera traer un hombre; pero si se ponía en defensa, hacíale pedazos. Y era tan temido de los indios que si diez cristianos iban con el perro, iban más seguros que veinte sin él. Yo vi este perro porque cuando llegó Pedrarias a la tierra el año siguiente de 1514 era vivo, y le prestó Vasco Núñez en algunas entradas que se hicieron después, y ganaba su parte, como he dicho; y era un perro bermejo, y el hocico negro, y mediano y no alindado; pero era recio y doblado, y tenía muchas heridas y señales de las que había habido en la continuación de la guerra, peleando con los indios. Después, por envidia, quien quiera que fue, le dio al perro a comer con que murió. Algunos perros quedaron hijos suyos, pero ninguno tal como él se ha visto después en estas partes”.

— IV —

La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada en pos de Eldorado, no trajo perros; pero a la llegada de Federmán y Bernalcázar al altiplano “estas fieras comenzaron a participar en todas las guerras contra los indígenas que después se rebelaron contra los españoles”. Y aquellos infelices —sigue el cronista— tenían más horror a un alano cebado a matarles que a un regimiento de arcabuceros.

En Juan Rodríguez Freile se lee que el capitán Luis Lancho hizo por encargo de la Real Audiencia la conquista de la providencia de los indios Muzos, que Pedro de Ursúa no había podido llevar a término, “y acabó con perros de ayuda que fue un valiente remedio y acertado...”.

Los perros —dice monseñor Mario Germán Romero en su importante libro sobre don Juan de Castellanos— son motivo de especial consideración en el relato en verso del gran cronista. Siguiendo las referencias de la obra indicada, se desarrollan las estrofas de Castellanos relativas a estos animales en el siguiente orden:

En la **Elegía V**, Canto Segundo, hace mención Castellanos del primer perro sin decir su nombre:

*Un Joan, canario negro con su perro
Que casi de razón no tuvo yerro*

En el Canto Tercero de la VI **Elegía**, al cantar las muchas particularidades de la conquista de Borinquen y la muerte del conquistador Joan Ponce de León, dedica a su perro Becerrillo las siguientes estrofas:

*Al palo va venciendo nuestro hierro,
A las macanas duras el cuchillo;
Ayudaba también un cierto perro,
Llamado según dicen Becerrillo,
El cual traía ya todo su cerro
No menos colorado que amarillo;
Del cual perro nos han contado cosas
Que se pueden tener por espantosas*

Y en el Canto Sexto al describir un ataque de los Caribes dice cómo los castellanos

*Poníase por la isla para esto
Gente de guarnición apercebida
Con Sancho de Aragón, caudillo diestro
Y con ello el perro Becerrillo.*

Dos octavas más adelante, canta:

*Al tiempo que el encuentro más ardía,
No poca parte fue para vencellos
El perro Becerrillo que hacía
Pedazos las ijadas y los cuellos,
Y en continuación de su porfía
A nado por la mar entró tras ellos,
Do uno de los que él despedazaba
Lo hirió con las flechas que llevaba.*

*Después que se sintió desta manera
Y al que mal lo trató dejó sin vida,
Volvió con brevedad a la ribera,
En busca de la gente conocida;
Como si de razón uso tuviera,
Sentimiento mostró de la herida;
Curáronlo quemándolo con fuego
Pero nada prestó, pues murió luego.*

No murió con rabioso desconcierto,
Aunque fue del veneno pestilente;
La falta deste perro causó cierto
Grandísimo dolor a nuestra gente;
Y porque no se viese que era muerto,
Lo mandan enterrar secretamente:
Para los indios fue plaza terrible,
Y dellos se juzgó por invencible.

En el **Canto Primero** del **Elogio** de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, que cursa en la **Elegía IV**, celebra el cronista las hazañas de Amadís:

Lleváronse también ciertos lebreles,
El uno dellos perro señalado,
El cual en guerra de indios infieles
No ganó menos que el mejor soldado:
Llamábase Amadís, y fué más fiero
Quel otro fabuloso caballero.
Armábanlo, también de duro fardo
Como fuese patente la rencilla;
El cual sabía dar tan buen resguardo
Al tiempo que rompía la cuadrilla,
Que piedra, palo, flecha, lanza, dardo
Era si le tocaba maravilla;
Del cual tenía Castro confianza
Como de un escuadrón de gran pujanza.

El lebrel Amadís viendo la caza,
Bien como lobo dentro de cabañas,
Unos derriba y otros despedaza
Echándoles de fuera las entrañas
Metiéndose por ásperas montañas.

Mas como vieses en un alto cerro
Estar cierto gandul por atalaya,
No tuvieron por culpa ni por yerro
Estorballe que a dar las nuevas vaya,
Y así soltaron el cruento perro,
Que no tiene pereza ni desmaya,
Hasta hacer con su cruel gobierno
Que llevase las nuevas al infierno.

*El Amadís buscando va lugares
Donde poder cebar su duro diente,
Pero por las flechas singulares
Aquesta prueba no se le consiente
Pues luego le aneron los ijares
Las duras espaldillas y la frente,
Y en morir las más largas demoras
No pasaron de veinte y cuatro horas.*

Finalmente en la Tercera Parte de las **Elegías** en donde se da razón de las cosas acontecidas en las gobernaciones de Cartagena y Popayán, al Canto Decimocuarto, cuenta que los españoles Juan Meléndez, el escribano don Juan de Vargas y Baltasar Núñez

*Llevaban estos tres en su defensa
Tres perros señalados en braveza
Turquillo, Amigo y otro Menalao
Que para se valer en la jornada
Les pusieron a su tiempo provechosos.*

Al dar remate a la lectura de estas estrofas no es posible dejar de meditar sobre las reconditeses oscuras del ánimo de los hombres que fueron los amos de tan feroces cuadrúpedos y a los cuales, el destino ciego e inescrutable, envió a echar las bases y el cimiento de la sociedad colonial americana.

FUENTES

- Acosta de Samper, Soledad: **Biografías de Hombres Ilustres o notables.** Bogotá, 1883.
- Arciniegas, Germán: **Jiménez de Quesada.** Bogotá, 1939.
- Babelon, Jean: **L'Amérique des Conquistadores.** París, 1947.
- Castellanos, Juan de: **Elegías de varones ilustres de Indias.** Madrid, 1857.
- Castellanos, Juan de: **Historia del Nuevo Reino de Granada,** 2 tomos. Prólogo y notas de A. Paz y Melia. Madrid, 1886.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo: **Historia general y natural de las Indias.** 5 volúmenes. Madrid, 1959.
- Mir y Noguera, Juan: **Rebusco de voces castizas.** Madrid, 1907.
- Romero, Mario Germán: **Joan de Castellanos: un examen de su vida y de su obra.** Bogotá, 1964.
- Salas, Alberto M.: "Los perros armas de la conquista" en **La Prensa.** Buenos Aires. 1942.